

Idealismo y Realismo en el Quijote

Desde antiguo llamó la atención de los pensadores la enigmática calidad del ser humano.

Para un Sófocles era el mayor de los enigmas del Universo: "muchas cosas hay misteriosas; pero ninguna tanto como el hombre".

Para un Agustín, él mismo se resultaba un intrincado problema: "Magna quaestio".

Y más tarde Pascal, ante la hiriente problemática humana, se decidió por definir al hombre "un roseau pensant", una caña pensante!

Todo hombre anhela la armonía, la tersa unidad de su yo interior.

Porque en esa armonía ve todo ser humano la raíz y secreto de su propia dicha.

Sin embargo, y ahí radica precisamente el misterio del hombre; cuánto antagonismo, cuánta estridencia anida y cohabita en los pliegues recónditos del psiquismo humano!

Duermen en el hombre, codo con codo, idealismo y ramplonería, nobleza y perversidad, la olímpica serenidad apolínea y la lava incandescente de lo dionisiaco. Duermen Ariel y Calibán: ráfagas de luz y el genio de las tinieblas.

Bien podría definirse al hombre: amasijo de contradicciones, vaivén de claros y oscuros.

Esta calidad suya, obliga al hombre a plantearse la vida como una tarea, como una ardua conquista: él, y sólo él, debe conquistar la unidad de su yo interior, armonizar sus tendencias, superar sus antagonismos.

El debe forjar la síntesis luminosa de su propio yo.

Porque no es la vida humana la línea impecablemente horizontal; es la sinuosidad cambiante, recamada de triunfos y descensos.

Por ello, el contraste viene a ser ley funcional del psiquismo humano.

Sin contraste, hay estancamiento y caos.

A través de sombras y luces, hondonadas y vértices, avanza el hombre hacia la aurora de su plenitud interior.

Y esas fuerzas antagónicas, que forman la íntima urdimbre del psiquismo humano, son la causa de su tragedia y la raíz de su grandeza.

Es grande todo aquel que se forja a sí mismo.

Puestas en fricción esas fuerzas, producen la llamarada de la vida, triunfal antorcha azul nimbada de esperanzas.

¿Quién de los mortales no ha sentido, en horas solemnes de la vida, ante la presencia tal vez de las silentes esferas que ruedan por el firmamento, el misterio de su ser y la angustia de su existencia?

¿Quién no ha visto alternar, en el mudo teatro de su pecho, la olímpica serenidad con el fragor dionisiaco?

Vaivenes y zozobras que al mismo Pablo de Tarso llegaron a arrancarle aquel grito de angustia: ay! quién me librará de este cuerpo de servidumbre?

Toque Genial de Cervantes

Queda, pues, averiguado, que en el hombre hay dualidad, tensión, angustia existencial.

Siempre seguirá, siendo verdadera y actual la bella alegoría de Platón:

"Diremos que el alma es como el grupo que forman un tronco de caballos alados y el hombre que los guía. Los cordeles y los conductores de las almas divinas son todos excelentes y de noble estirpe; pero los de las almas restantes poseen una doble naturaleza. El conductor que hay en nosotros lleva las riendas, pero de los caballos hay uno que es bueno y hermoso y de pura sangre y otro que es todo lo contrario. Por fuerza tiene que ser difícil y enrevesado para nosotros llevar un tronco así". (Fedral).

Ese drama agudo que todo ser humano vive en las mansiones de su in-

timidad al verse forzado a conducir "un tronco así"; esa trágica pugna nebulosa entre el yo ideal y el yo real; ese cordial desgarramiento que muerde las simas existenciales, tuvo la genial idea Cervantes de sacarlos a plena luz de sol.

Con gesto imperativo de supremo artista, separó las tendencias aladas, nobles y luminosas de la ganga opaca de lo prosaico. Y a ambas prestóles forma humana tangible y movidiza, contraponiendo fuera, en el gran escenario del mundo, lo que está siempre acodado y en tensión dentro, de la sacra intimidad de la persona.

Y salió a la faz del día, armado caballero, Don Quijote de la Mancha, cifra y compendio de todo idealismo. Y comenzó a moverse a su lado, de carne y hueso, Sancho Panza, resumen de realismo y trasunto de prosaico espíritu calculador.

Su físico denotan lo que son: puro simbolismo.

Carnes magras, casi transparentes, verticalidad y ascetismo dió al caballero, más un nombre que es todo un golpe musical de mar encrespado: Don Quijote de la Mancha.

Embutió al escudero en espesa humanidad de ciclotímico, en opaca chatura abotargada, y púsole un nombre grávido de materia: Sancho Panza.

El uno posee toda la esbeltez de la idea gótica, todo el empuje ascensional de lo grácil y etéreo; el otro, todo el plúmbeo sopor de lo cósmico, el letargo de la pesantez.

El uno es espíritu; el otro, materia.

Simbolismo rezuma la indumentaria de ambos: armas reuientes, escudo y peto, como de quien concibe la vida como conquista y superación.

Amplio sombrero para hurtarse del sol, desahogada chaqueta y alforjas repletas, como de quien cultiva en la vida la postura comodona.

Aun a los humildes animales acompañantes tocóles cumplir su misión simbólica: jamelgo etéreo en puro hueso, con su magra figura escurridiza y sefiera. Jumento de espesas carnes, con su andar terráqueo y meticuloso.

Responde el uno al bien timbrado nombre de Rocinante; al otro basta con su opaco calificativo de Rucio.

Y ya están ambos botados a la vida; ya comienzan a moverse —bajeles car-

gados de simbolismo— por las tostadas rutas de la existencia.

Pero oigamos al mismo Cervantes describirnos a sus héroes:

"Es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo curva, de bigotes grades, negros y caídos". (II, 14).

"Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza". (I, I).

"En este tiempo solicitó Don a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera" (I, 7).

"Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, con mucho desseo de verse ya gobernador de la insula que su amo le había prometido" (I, 7).

Enfoque de Situaciones

La línea de conducta que observan los dos héroes se ajusta rigurosamente al patrón estructural de su psiquismo.

Ante cualquier situación, Don Quijote reacciona como un idealista empéderido; Sancho, como realista profesional.

El idealismo de Don Quijote es francamente exagerado y paranoico.

Empieza el noble Caballero por transformar la realidad, interpretándola en función de su sistema alucinatorio: a los molinos de viento los trastrueca en gigantes; a los muñecos de un titiritero, en guerreos de carne y hueso; a una cenicienta labradora, en la más agraciada y excelsa de las damas...

Estas deformaciones sistemáticas de la realidad constituyen la trama íntima de la Novela.

Pero no se trata de una deformación puramente especulativa que no tenga repercusión en el psiquismo entero de Don Quijote. Al contrario. Es todo un proceso en el que se entretajan impulsos y emociones, y en el que se estremece toda la rica gama de su afectividad sobreexaltada...

¿Divisa allá, en lejanía, la recortada silueta de unos molinos de viento? Con increíble celeridad entra en juego su función fabuladora: no; aquellos son au-

ténticos gigantes, colocados en orden de batalla y en una intolerable actitud de desafío. Su pecho se llena de coraje; pónense tensas las fibras todas de su noble corazón y se desata, ensartado y alucinante, todo el río de imágenes que en su fantasía conserva de encantadores, Amadis, retos, duelos y peripecias...

Y no se queda todo esto en un mudo proceso intrapsíquico. Al punto se enzarza nuestro héroe, empuñada la lanza y clavadas las espuelas en los escuálidos hijares de Rocinante, en singular combate con las poderosas aspas de un molino...

La conducta externa de Don Quijote es un corolario de su proceso ideoaffectivo, y de su ardorosa voluntad de superación.

Entretanto, a dos pasos de su dueño, contempla Sancho Panza, día tras día, las mil absurdas interpretaciones que germinan de la fértil fantasía del Caballero. Él está psíquicamente a mil leguas de Don Quijote. Su misión es la de servir de "reductor psíquico" a las extravagancias heroicas que pululan a su lado; él se encarga de tirar firme de las riendas y de contrapesar, con su crudo realismo, sazonado de gracejo popular, los audaces vuelos del romántico caballero.

Sancho llama a los leones, leones y a los molinos, molinos. Lejos de deformar la realidad, la sopesa con malicia plebeya y con una sana dosis de socarronería. Lejos de llenarse de valor e hinchársele el pecho de heroísmo, comienza a temblar como una hoja, aunque el león esté bien enjaulado. Y ante la insobornable temeridad de su amo, que persiste en medir sus fuerzas con la fiera encantada, Sancho, puro sentido común, opta por ponerse en seguro a sí mismo y a su Rucio.

Ay, Sancho, Sancho! Tú eres el instinto de conservación hecho carne; el egoísmo calculador; la objetividad misma a lomos de un jumento.

Y tú, en cambio, Don Quijote, eres la pura razonada, el altruismo desinteresado; la rica marejada subjetiva que se desborda y salpica!

Tú ibas siempre muchos metros por delante de tu lanza; Sancho, por el contrario, varias leguas detrás del Rucio...

No se crea, sin embargo, que el idealismo de Don Quijote o el realismo de

Sancho fueran cantidades absolutas, irreductibles entre sí.

Dentro de su sistema alucinatorio, el Caballero era perfectamente lógico y mostraba gran cordura; como a su vez Sancho, dentro de su realismo popular, ostentaba sus ribetes de idealismo. Al fin, ambos eran cristianos "viejos", y vivían, por ende, aunque de distintas proporciones, en el mundo del espíritu y de la materia.

Codo con Codo

Si fué genialidad la de Cervantes el personificar en Sancho y Don Quijote esas dos vertientes del psiquismo humano, también lo fué al lanzarlos a la vida, codo con codo, asociados como Caballero andante y escudero.

Porque en efecto, ¿de qué valdría haber engendrado la escuálida figura del Caballero si a su lado no hubiera forjado al denso Sancho Panza?

Sancho no sería Sancho sin su Don Quijote, ni el Caballero de la Triste Figura algo valdría sin el subrayado y contrapeso de la prosaica ramplonería sanchesca.

Bien lo advirtió el mismo Cervantes:

"Parece que los forjaron a los dos en una mesma turquesa; y que las locuras del Señor sin las necesidades del criado no valían un ardite". (II, 2).

Juntos los quiso Cervantes, hilvanadas de continuo sus almas en la turquesa forjadora del diálogo.

Honda filosofía existencial la del diálogo: uno en el monólogo estéril, en la soledad sombría del yoísmo; en plena encrucijada de contrastes, en el chisporroteo multicolor y doloroso de los antagonismos, se fueron afinando ambas almas, hasta salir mansas y equilibradas.

Juntos el idealismo y el realismo, en la dialéctica fecunda de la vida. Juntos en la intrincada maraña selvática; juntos en la requemada llanura manchega; juntos al borde de precipicios sombríos; juntos y cosidos al duro lomo de Clavileño!

Extraña pareja, desigual y compacta, distante y compenetrada, el uno servía al otro de espléndido "fondo psíquico" de contraste. Por ello, juntos cobran su formidable relieve humano, completándose y equilibrándose mutuamente.

Y aunque parezca maravilla que el

Caballero pudiera soportar media hora el rudo trato de Sancho, es lo cierto que se entendieron a maravilla.

Y allá van, antagonismos vivientes y sagrantes, por los estirados caminos de La Mancha.

Don Quijote, pura idealidad, apoya sus finas botas en el glorioso pasado de la Caballería. Es su atalaya. Desde allí se yergue para columbrar el futuro. Todo él es pura aspiración concentrada. Anhela repetir las brillantes hazañas de Amadís, experimentar el duro encontronazo con endriagos, degustar el acre sabor de un ayuno soportado, en el corazón de la selva, por la Dama de sus pensamientos. Mundo poblado de ensueño, flotar despierto en un río de imágenes fosforescentes!

A su lado, Sancho, macizo y opaco de carnes, asienta bien sus plantas en lo presente. El no sublima la realidad. No le interesa un ardite ni el pasado ni el futuro, sino sólo en función del "ahora". Posee, sí, una rica filosofía popular, pero la aplica para resolver, de la mejor manera posible, la situación presente. "Más vale un toma que dos te daré", es refrán que resume su actitud ante la vida; sí, el pájaro en la mano, las onzas relucientes y cantantes, más que la lejana bandada de áureos ideales. Como buen hedonista, profesa la ley del mínimo esfuerzo. Y si acaso muestra algún interés por el futuro es en orden a mejorar su ajetreada vida: a poseer tranquilidad, buena olla, y a no tener que andar trotando en busca de aventuras. Aun la insula Barataria, más que para satisfacer las ansias de superación humana, se le presenta como una vistosa Jauja, donde el Gobernador sobrenada en mimos y donde se suceden los platos suculentos en un vertiginoso rodar alucinante.

Los Frutos de la Convivencia

Oh prodigio! Fecundo en resultados fué el prolongado trato de estos dos extraños personajes. Ambos salieron altamente beneficiados.

De ese continuo servirse, el uno al otro, de "fondo psíquico", surgió la armonía: con el rodar del tiempo, Don Quijote se apropió el sano objetivismo de Sancho; y Sancho quedó tocado de la saludable locura del Caballero.

Por de pronto, el influjo psíquico de Don Quijote sobre su escudero se revela

aun en el lenguaje de éste. Espontáneo y fresco, en un principio, popular y desgarrado, como inconsciente arroyo jugueteón, se fué puliendo y estilizando. Y un buen día comenzó Sancho a profirir períodos altisonantes y rotundos, palpitantes de idaelismo.

Este apropiarse aun el lenguaje pone de manifiesto un hecho más profundo: entre ambos se había establecido la fecunda corriente de una sincera simpatía; entre ambos estaba tendido el puente de la comprensión psíquica; el uno al otro se habían hecho indispensables. Sí; aquel escudero tosco e iletrado había entrado a ocupar puesto de preferencia en la espléndida galería de héroes de Don Quijote. Era algo que él llegó a querer y apreciar con absoluta sinceridad. Lo quiso como a su complemento equilibrador, como al confidente de su alma heroica.

Nada, pues, de extraño que, al separarse Sancho de Don Quijote, sintiera éste un hondo vacío que al punto se reflejó en los austeros trazos de su rostro de pergamino. Ni escapó este hecho a la perspicacia de la Duquesa:

"Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho, cuando Don Quijote sintió su soledad; y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía". (II, 44).

"Verdad es, Señora, mía —respondió Don Quijote— que siento la ausencia de Sancho". (II, 44).

"Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía, como de la irreparable desgracia de sus medias". (II, 44).

Y a su vez Sancho ¿no se enterneció como un niño al separarse de su Amo?

"Al despedirse de los Duques, les besó las manos, y tomó bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos". (II, 44).

¿No estaba Sancho perfectamente compenetrado con Don Quijote cuando, en la postrera hora de éste y recobrada del todo lo razón, quiso enfrascarlo de nuevo en su locura?

La prosa se hizo indispensable al idealismo; y la locura descendió hasta remover la burda sensatez!

Pucheritos de Sancho, lágrimas de

Don Quijote! Qué recio era el lazo existencial que a ambos apretaba!

Equilibrio mental tocado de locura; sacro desequilibrio idealista lastrado de sensatez; tal fué la síntesis formidable fraguada en aquella fastuosa turquesa del diálogo...

Ni el uno ni el otro.

Y es que allí radica el secreto para poder conducir "un tronco así" de que hablaba Platón: en el binomio, en la amalgama comprensiva y luminosa.

Y de allí arranca también la honda filosofía humanista que encierra el Quijote.

Porque no yace la solución de los conflictos, individuales o sociales, en la simplista eliminación de uno de los factores. Quienes así proceden, muestran no poseer el más superficial conocimiento del psiquismo humano.

Hay quienes opinan que todas las tragedias y antagonismos individuales se superan matando de raíz las pasiones, empotrando el psiquismo en cauces jansenistas. ¿Resultados? El hombre-atalaya de los estoicos, sin alas de ángel y sin corazón de hombre...

Hay quienes pregonan que toda problemática social se elimina con suprimir de un plumazo a todos los Don Quijotes y con permitir que sólo vegeten los Sancho Panzas!

Ni lo uno ni lo otro.

Sancho necesita de Don Quijote; y éste de su escudero.

Y la razón de ello reside en el hecho ontológico de que el hombre no es "ni ángel ni bestia". Y "el que quiere hacer de ángel, hace de bestia" (Pascal).

Tampoco la sociedad es pura aristocracia o selección de espíritu ni pura ramplonería plebeya...

Espléndida solución la que encarnan estos dos extraños personajes que avanzan, cosido el uno al otro, por los senderos de la vida!

Ellos demostraron palmariamente que no en el odio, sino en el amor reside la clave salvadora de todo conflicto; no en la incomprensión ni en la altanera distancia, sin o en la transparente simpatía...

Patrones y obreros, ricos y pobres, sabios e ignorantes, deben aprender a marchar asociados por los dilatados campos de la vida.

Asociados como el Caballero andante y su escudero, a quienes hizo fructuosa la convivencia su rancia fé de "cristianos viejos".

En este siglo nuestro sanchopanesco y pedestre, carcomido todo él por preocupaciones gástricas e higiénicas, bien está recordar que Sancho sin Don Quijote no pasa de ser el hosco peñasco sin el encrespado arrullo del mar.

Carlos Guillermo Plaza, S. I.

